

Justificarán sin duda estas observaciones el empeño, con que hemos atendido á examinar las primicias de la poesía escrita bajo su manifestacion religiosa, pareciéndonos tanto más loable el referido propósito cuanto que cualquiera que sea el estado en que han venido á nuestros días <sup>1</sup>, debieron ser y fueron estas pro-

En esta tierra se dis triguera; | non áy aue tan cantadera.

*Triguera* continúa siendo en Castilla la Vieja el nombre de la calandria. Ni es por último de menor interés la alusion que pareció hacer Gonzalo de Berceo á esta peregrina leyenda, cuando en la *Vida de Santo Domingo*, dijo:

María la Egypciaca, | pecatriz sin mesura,  
Moró mucho en yermo | logar de gran presura;  
Redimió sus pecados, | sofriendo vida dura:  
Qui vive en tal vida | es de buena ventura.

Si, como sospechamos, se refiere en efecto á la *Vida de Santa Maria*, que hemos analizado, debía ser esta generalmente conocida en su tiempo. Así pues todo contribuye á robustecer la opinion apuntada respecto de la antigüedad de este poema, siendo abundantes las pruebas morales que nos mueven á sostenerla, á falta de otras más positivas.

1 Ya hemos manifestado la forma, en que se halla escrito el poema de los *Reyes Magos* de la Biblioteca Toletana (pág. 17) y la en que aparecen en el Códice Escorialense las otras dos producciones, publicadas por el señor Pidal en 1841 (pág. 20). Oportuno juzgamos añadir aquí que no estamos conformes con la opinion de este docto escritor respecto de la antigüedad del citado Ms. Suponiendo Rodriguez de Castro con escaso criterio que el *Libro de Apollonio*, la *Vida de Santa Maria*, y el *Libro de los Reyes d'Oriente* eran parto de un mismo ingenio, y apareciendo el códice escrito en el siglo XIII, dedujo que «su autor pudo ser coetáneo del anónimo que escribió el *Poema del Cid* ó muy «poco posterior á él» (*Bib. Esp.*, tomo II, pág. 504). Repugnando justamente al señor Pidal la comparacion del *Libro de Apollonio* con el *Poema* del héroe de Vivar, negó la antigüedad del códice, para aumentar así la distancia que los separaba (pág. 2 del pról.). Mas bien pudo advertir que aun siendo escrito, como lo fué en realidad el códice de que tratamos, dentro del siglo XIII, ni autorizaba este hecho la deduccion errónea de Castro, ni menos su negativa, pues que solamente da motivo para creer que fueron recogidos y copiados los tres poemas por un sólo pendolista: el de *Apollonio* á poco tiempo de componerse; los dos siguientes cuando llevaban ya largos años de existencia y se hallaban acaso expuestos á caer en completo olvido, como sucedió sin duda con otros muchos del mismo género. Así vemos que mientras en el *Libro de Apollonio* hay más cultura respecto del arte y más unidad de lenguaje, son los otros poemas más toscos y desaliñados, alternando en ellos las voces, ya entonces anticuadas, con las nuevamente admitidas; circunstancia que convie-

ducciones el vehiculo y senda, por donde se comunicaron á los discretos ó semidocos las formas artísticas de la poesía latino-eclesiástica y descendieron á la muchedumbre las tradiciones piadosas de la Iglesia. Téngase muy en cuenta para comprender el ulterior desarrollo de la poesía vulgar ya escrita: en estos poemas, donde alcanza la tradicion oral fuerza prodigiosa, donde triunfa la actualidad, con extraordinario vigor, de lo pasado, se invoca ya la autoridad de la tradicion docta, aspirando el poeta á rodear de cierta aureola los misterios ó las maravillas que revela al pueblo de las plazas y mercados, á quien dirige la recitacion de sus cantares <sup>1</sup>. La musa de la religion y de la fé que habia salido de las basílicas para solemnizar en el campamento las victorias logradas sobre la morisma por los ejércitos de la cruz; que habia santificado los himnos guerreros, expresion viva de aquellos triunfos, cuando aun no habia llegado á escribirse el habla castellana <sup>2</sup>, aprovechando ahora para sí y haciendo suya la erudicion de

ne tener muy presente tanto en estas producciones como en todas las de la edad media, pues no sólo eran adulteradas respecto de la lengua las obras del ingenio por la ignorancia de los copistas, sino que llegan momentos en que apenas pueden conocerlas los propios autores, desfiguradas en todas sus partes y trastocadas por entero, segun tendremos ocasion de comprobar adelante con sus mismas palabras.

1 En el libro de los *Reys d'Orient* se dice por egeemplo: «*Así lo dice el escripto*: en la *Vida de Santa Maria*:» *El su nombre es en escripto; como dice la escriptura*, etc. Respecto de la publicidad de estos poemas y de la estructura de la narracion, punto no despreciable en la historia de las formas, conviene notar que el poeta no pierde jamás de vista á los oyentes, dirigiéndoles la palabra siempre que varía la situacion ó pasa de un objeto á otro. Así comienza reclamando la atencion pública con este apóstrofe: *Oyt varones*, etc., y continúa, despues de parecer ya seguro de la benevolencia de los oyentes: *Quiérovos contar; contarvos hé; agora oyt; agora comiença*, etc.; *contar vase; nunca viestes; sabet que*, etc., concluyendo con cierta manera de admonicion para que todos se enmienden de sus pecados, la cual termina con estas palabras:

Todo ome que ouiere sen, | ŷ ressonda et diga amen.

Dignos son pues de tenerse muy en cuenta estos medios de manifestacion, cuyo desarrollo estudiaremos en las producciones sucesivas de la poesía castellana, bien que sean comunes á todas las neo-latinas.

2 Véase el cap. XIV de la I.<sup>a</sup> Parte.

la Iglesia, partía pues de este principio inagotable de vitalidad, preludiando ya desde su cuna la importante y hasta hoy no bien estudiada trasformacion que debia experimentar á fines del mismo siglo XII ó principios del XIII.

Atenta á intereses de no menor estima, procuraba entre tanto la naciente poesia castellana consignar las altas proezas de los héroes, trasmitiéndolas á la posteridad por idénticos medios. Distintas eran sin embargo las fuentes inmediatas en que se inspiraba, dándole la vida real abundante materia é incentivo, como lo habia dado á la poesia latino-popular, que iba ya siendo exclusivo patrimonio de los doctos <sup>1</sup>. Mas los héroes y caudillos celebrados por la multitud, no solamente debian aparecer grandes por las hazañas que los hacian superiores á los demás hombres: creciendo en la imaginacion del pueblo sus varoniles figuras hasta el punto de erigirse en colosos, tomaban tambien inusitadas proporciones las empresas por ellos acometidas; empresas que subordinadas al cabo al deseo y la creencia universal, venian á ser, no ya preclaro ejemplo de personal valor ó de abnegacion patriótica, sino protesta enérgica y eficaz contra todo aquello que ofendia levemente ó vulneraba en realidad el noble sentimiento de la independencia.

Semejante protesta, propia sin duda de todas las nacionalidades en análogas circunstancias, convertia á cada uno de los héroes en una personificacion viva de aquel mismo sentimiento; y si durante su existencia se llevaron tras sí, con la bravura de su corazon y el esfuerzo de su brazo, la admiracion y el respeto de las gentes, al bajar al sepulcro, complaciáanse grandes y pequeños en adherir á su memoria todo lo más noble, elevado y generoso, levantándolos á una verdadera apoteosis. Fenómeno moral y político es este, que se opera desde los primeros paladines, cantados por la musa guerrera de Castilla: Bernardo del Carpio, bastardo de una infanta de Astúrias y de un conde de Saldaña, intrépido caudillo cuyas maravillosas proezas han puesto en duda su existencia, levantado por el amor y la admiracion universal á la esfera superior de los héroes, no solamente es enno-

<sup>1</sup> Id. id.

blecido hasta el punto de traer su origen del mismo tronco que el emperador Cárlo-Magno <sup>1</sup>, sino que elegido por el pueblo español para vindicar la patria de la injuria que le causa la debilidad, con que pareció admitir por un momento Alfonso, el Casto, la supremacia del Imperio, exterminaba en las gargantas del Pirineo los ejércitos franceses, sostenedores de aquella demanda, y daba muerte por su propia mano al más valeroso de los Doce Pares <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> La *Crónica General*, debida al Rey Sabio, dice con este propósito: «Et algunos dizen en sus *cantares de gesta* que fue este don Bernaldo fijo de doña Tiber, hermana de don Cárlos, el Grande de Francia: et que vino aquella doña Tiber en romeria á Sant-Iago; et de su tornada que la convidó el conde don Sandias de Saldaña et que la lievó consigo para su logare et ouo alli con ella su fabra et ella otorgol quanto quiso, et ouo estonçe este fijo della» (III.ª Parte, fól. 30, v. cap. I, ed. de Valladolid, 1604).

<sup>2</sup> Á tal punto llegan en efecto las tradiciones populares, no pudiendo ser más enérgica la protesta del sentimiento nacional contra la pretendida supremacia del Imperio de Cárlo-Magno, que dá al cabo por resultado en la península la creacion de otro Imperio en los reyes don Alfonso el VI y su nieto el VII, segun saben ya los lectores. Despues tendremos ocasion de notar cómo este mismo sentimiento recibe nueva vida respecto de otra invasion más positiva, personificándose en el hijo de Diego Lainez: el sobrino de Alfonso el Casto llegaba á ser objeto predilecto de la musa popular mucho antes del siglo XIII, siendo por tanto muy racional que precediendo su fama á la de Rodrigo Diaz, se ejercitase aquella antes en su elogio. Así, demás de la terminante declaracion ya citada que hace el Rey Sabio, en orden á los cantares que se referian al nacimiento de Bernardo del Carpio, hallamos en la misma *Estoria de Espanna* mencionadas las empresas, atribuidas á Cárlo-Magno, las cuales preparan las grandes hazañas del hijo de don Sancho Diaz en las gargantas del Pirineo, y tratándose de sus proezas y destierro, se vuelven á citar los *cantares de gesta*, lo cual se repite hasta tres veces más en lo relativo á su vida (*Cron. Gen.*, edicion de 1585, fól. 237, cols. 1.ª y 2.ª). Es por tanto posible, conocidos estos datos y los que el arzobispo don Rodrigo nos ofrece en su *Historia gothica* (*De Rebus Hisp.*, lib. IV, caps. IX y X), determinar en cierta manera no solamente la materia, sino tambien la extension que hubieron de tener estos primitivos cantos populares de Bernardo del Carpio. Abarcando toda su vida, le pintaban pues (y de ellos pasó esta pintura á los cronistas) superior á todos en estatura, rostro, facundia, ingenio, consejo y pericia (statura, vultu, eloquio, ingenio et consilio et etiam armis fere omnibus praeeminabat) (don Rodrigo, ut supra): al vacilar don Alfonso, el Casto, respecto de la obediencia al Imperio, le presentaban, animándole con noble patriotismo á rechazar todo yugo, queriendo antes morir que reconocer la servidum-

Fernan Gonzalez, á quien las crónicas latinas retratan como un

bre francesa (malebat enim mori quam in francorum degere servitute): resuelto el rey de Astúrias á rechazar con las armas las pretensiones de Cárlo-Magno, Bernardo capitanea el ejército español, y en la famosa batalla de Roncesvalles (Hospita-vallis) «ipse in strage primorum semper astitit Adefonso». He aquí pues la materia poética que sirvió sin duda de fundamento á los *cantares de Bernardo del Carpio*: al tratar de los del Cid, y principalmente de la mal llamada *Crónica rimada*, notaremos las analogías que existen entre uno y otro héroe, siendo ambos esencialmente populares.

La hazaña de Roncesvalles, tan encomiada en los cantares castellanos y en las crónicas del siglo XIII, que de ellos se alimentan, animaba al propio tiempo la musa nacional en otros confines de la Península Ibérica, é inspiraba notables écos de dolor á los poetas que florecen allende el Pirineo. Nadie desconoce ya la famosa *Chanson de Roland*, casi contemporánea del *Poema del Cid*, segun con notable perspicuidad ha notado un diligente crítico de nuestros dias (Damás-Hinard, *Introd. al Poema del Cid*, pág. xxiii); pero no es tan conocido, y por cierto lo merece tal vez más por su ingenuidad enérgica y por su rara originalidad, el canto felizmente transmitido á nuestros dias con título de *Altabiscarren cantá* (canto de Altabiscar), compuesto en el antiguo idioma euscaro y restaurado, con tanto esmero como inteligencia de su idioma nativo, por el escritor vizcaino don José Maria Goizueta. Traducido á lengua castellana por el mismo, si bien ha perdido alguna parte de su primitiva rudeza y energia, basta para revelar con toda su fuerza el noble espíritu de independencia que se levanta así en las montañas vascas como en las asturianas, al rumor de la invasion franca, y que como acabamos de indicar toma cuerpo en la tradicion hasta perpetuarse en los cantos populares de Castilla. Oigamos el *Canto de Altabiscar*:

«Un grito penetrante ha despertado los écos de la montaña vascongada. El »Echeco-jauna <sup>1</sup> en pié á la puerta de su casa, presta atento oido á este grito.

»¿Quién vá? exclama, ¿quién me llama?

»Y el perro que dormía á los piés de su amo, se despierta con sobresalto, »y sus ladridos resuenan en las inmediaciones de Altabiscar.

»Un confuso rumor se levanta del valle de Ibañeta; viene rodando, rodando, acercándose, y chocando á derecha é izquierda en las cavidades de las »rocas.

»Es el murmullo, el rebramido lejano todavía, de un grandé ejército que »avanza.

»Los nuestros contestan tañendo en las cumbres de las montañas las bocinas atronadoras. El Echeco-jauna afila sus azagayas y sus dardos.

»¡Ya llegan! ¡ya llegan! Innumerables, como las hojas de nuestros bosques.

<sup>1</sup> Echeco-jauna, jefe de la familia.

magnate mal avenido con la autoridad real, bien que domeñado

»¡Qué masa de lanzas! ¡Qué de pendones y banderas de abigarrados colores »ondean sobre los brillantes cascos!...

»¿Cuántos son? Cuéntalos bien, niño.

—«Yo veo uno, dos, tres, cuatro, cinco, diez, doce, quince, veinte, treinta, »cientos y muchos miles aun: es imposible contarlos.»

—«Unamos nuestros robustos brazos; arranquemos de cuajo estos peñas- »cos; lancémoslos por la rápida pendiente de la montaña; que rueden sobre »sus cabezas.

»Aplastemos, matemos al enemigo por cientos de millares. ¿Qué vienen á »buscar en nuestras montañas estos hombres del Norte con sus luengas vestes »y rubias cabelleras? ¿Por qué turban nuestro sosiego y nuestra paz?

»Cuando el oso de nuestras montañas ataca la colmena solitaria, la abeja »que queda guardándola, clava su aguijon en el lanudo cuerpo de la fiera, y »muere peleando y defendiendo su morada. Muramos tambien, si es preciso.

»Las montañas son las barreras naturales que Dios plantó, para que los »hombres no las rebasaran jamás.»

«Así habló el Echeco-jauna.

»Los peñascos ruedan dando tumbos y aplastan centenares de guerreros: las »armaduras saltan en menudos pedazos; las carnes palpitan hechas trizas; los »huesos crujen pulverizándose; la sangre corre á torrentes.

»Mientras tanto Roldan lleva á sus labios el olifante y le hace sonar con to- »das sus fuerzas. Las montañas son elevadas; pero sobre ellas se eleva la voz »del ebúrneo olifante; se prolonga y rueda de eco en eco.

»Kárlos y sus condes lo han oido.

—«¡Ah! dijo el rey del Norte: nuestras gentes batallan.» Pero Ganelon se apresura á contestar: «Eso no es nada.» Á cualquiera otro que hubiese oido tal cosa, se le tendria por mentiroso.

»Roldan, en tanto, con gran pena, con gran dolor, prosigue tañendo sin cesar el olifante. La sangre sale á borbotones por la boquilla del instrumento.

»El cráneo del franco está hendido, y á través de su hendidura se ven pal- »pitar los sesos. Y el ruido de su bocina resuena á lo lejos.

—«¡Ah! vuelve á exclamar el rey: yo oigo la bocina de Roldan. No la ta- »ñería él, si no estuviese en grande apuro.»

»Pero Ganelon dice: «No hay semejante batalla. Conocéis demasiado el or- »gullo de vuestro sobrino. Al presente está echando bravatas al frente de sus »pares. Caminemos: ¿por qué detenernos? Nuestro país está lejos aun.»

«La sangre corre con más abundancia que antes de las anchas heridas de »Roldan. Sin embargo, hace el último esfuerzo, y su bocina resuena con más »fuerza que nunca.

»Kárlos lo oye por tercera vez, y con él los demás francos.

—«¡Ah! torna á exclamar el rey: ahora sí que juraría por Dios vivo que mi

por las armas leonesas <sup>1</sup>, es considerado por la poesía cual símbolo de la libertad y de la independencia de Castilla y modelo de piedad cristiana, vé pelear bajo sus banderas á los mismos santos para terror de la morisma. Fernando I, el Magno, á quien no perdona la historia ni el despojo de sus hermanos, ni la division de los reinos entre sus hijos, despierta el entusiasmo de la musa castellana, por haber erigido aquel Estado en centro de la nacionalidad española, rechazando al par las pretensiones de Enrique II y del pontífice Urbano. Y finalmente Rodrigo Diaz de Vivar, á quien pintan los historiadores arábigos como un hombre feroz y cruel, es saludado con los nombres de libertador de la patria, defensor y amparador de la cristiandad, revistiéndole el sentimiento poé-

»sobrino batalla. Volvamos: llamad y reunid vuestras banderas y pendones: vamos á socorrer á nuestras gentes que estan en peligro.»

«Kárlos hace tañer las trompetas: los francos se cubren con sus armaduras; vuelven á bajar al valle á pesar de los erizados picos, de la oscura noche, de las gargantas profundas y lóbregas, de los impetuosos torrentes.

»El rey Kárlos cavalga á gran priesa: su blanca barba flota sobre una armadura brillante: llega al campo de batalla... pero llega tarde.

»¡Huid, huid los que aun tengais fuerzas y un caballo para ello! ¡Huye, rey Kárlo-Magno, con tu capa roja y tu penacho negro!

»Tu sobrino querido, la flor de tus guerreros y barones yace tendida en el monton de allá abajo: de nada les ha servido su valor.

—«Y ahora euskaros, exclama el Echecho-jauna, dejemos las rocas; bajemos, como un alud al valle, lanzando dardos contra los fugitivos.

»¡Ya huyen! ¡ya huyen! ¿Dónde está la masa de sus lanzas? ¿Dónde sus pendones y banderas abigarradas que flotaban sobre sus cascos?

»Sus armas ensangrentadas no brillan ya á los rayos del sol. ¿Cuántos son ahora, niño? Cuéntalos bien.

—«Veinte, diez y nueve, quince, diez, tres, dos, uno... no: no queda ninguno: todos estan tendidos: todos muertos. Todo se acabó.»

—«¡Echecho-jauna! ya puedes retirarte con tu perro. Vete á abrazar á tu esposa y á tus pequeñuelos.

»Limpia tus dardos; forma un haz con ellos y la bocina de guerra, y colócalos bajo la almohada de tu lecho; tu cabeza puede reposar tranquila.

»Las águilas vendrán á disputar á los lobos esas carnes magulladas, y todas esas osamentas blanquearán el valle, durante muchos siglos.

»Duerme, Echecho-jauna, duerme tranquilo. El perro morirá de viejo antes que con sus ladridos te dé la alarma segunda vez.»

<sup>1</sup> Véase el cap. XIII de la I.<sup>a</sup> Parte.

tico de todos los afectos populares, y presentándole como personificación magnífica de la doble protesta de la nacion entera contra la invasion política y religiosa, de que fué víctima en su tiempo. Tan viva, tan enérgica y espontánea era en las obras del arte la manifestacion del espíritu noble y belicoso de aquel pueblo, que empeñado en larga y dudosa lucha para restaurar su independencia, no podia consentir sombra alguna de extraña dominacion, cualquiera que fuese el pretexto ó la legitimidad de su origen!...

Doloroso es por cierto que duerman todavia en el olvido ó hayan desaparecido para siempre la mayor parte de estos peregrinos poemas, no quedando sin duda vestigio alguno de ellos, si los antiguos cronistas, obedeciendo las leyes de la historia, no los hubieran puesto en contribucion para tejer sus crédulas y pintorescas narraciones <sup>1</sup>. Pero si en orden á Bernardo del Carpio y

<sup>1</sup> Acabamos de ver cómo la *Crónica General* (la Estoria de Espanna) dá razon de los *cantares* que se referian á las proezas de Bernardo del Carpio, aludiendo al origen que esos cantos guerreros le señalaron, y dando á conocer las principales proezas que le atribuian. No es menos importante la noticia que debemos á la curiosísima *Crónica de Once Reyes*, tejida sobre diversos poemas, respecto del consagrado á celebrar el glorioso reinado de Fernando I. Narrando la muerte de este soberano, despues de explicar la particion que hizo de los reinos conforme al testimonio del arzobispo don Rodrigo, don Lúcas de Tuy y Pero Marcos, observa: «Et como quier que esta sea la verdad que estos onrados omes dizen, fallamos en otros logares en el Cantar que dizen del Rey don Fernando, que en Castil de Cabezón, yaciendo él doliente partió los regnos así como diximos et non dió estonçe nada á su fija doña Urraca» (Bibl. Nacional, cód. F 133, fól. 124, v. col. 2). Obsérvese que se emplea ya la frase *fallamos en otros logares en el Cantar*, etc., en vez de  *cuentan los yonglares; algunos dizen en sos cantares de gesta*, etc.: lo cual nos advierte de que el *Cantar del Rey don Fernando* estaba escrito. Pero precedió á los poemas ó cantares del Cid?... Cuestion es esta que sólo puede resolverse por induccion de una manera afirmativa, teniendo presente la celebridad que dieron al rey don Fernando sus grandes conquistas, haciéndole señor de toda España, y no olvidando que aun en uno de los poemas relativos al Cid se le tributan no pequeños elogios. Á la verdad, no siendo creible en modo alguno que antes de dichos monumentos poéticos dejaran de existir otros cantos nacionales en lengua vulgar, segun ya hemos indicado varias veces, no hallamos grande dificultad en admitir, y antes es muy natural y consecuente, que

del primer Fernando sólo nos es dado vislumbrar el valor y la significación de estos *cantares* por el testimonio de los cronistas, al cual se junta el de los *romances*, que vienen en siglos posteriores á refrescar la tradición heroica,—más afortunados tocante á Rodrigo Díaz de Vivar y á Fernán González, podemos hoy apreciar dignamente todo lo que el pueblo castellano creyó y sintió respecto de ambos héroes, si bien hay notabilísima diferencia entre los monumentos que á uno y otro corresponden. Los poemas que celebran al Cid, perteneciendo á esta primera edad de la poesía escrita, revelan aquel primer impulso del sentimiento patriótico, descubriendo al propio tiempo con admirable candor las condiciones de existencia y los medios externos, de que era dado disponer al arte, cercano todavía á su cuna: los monumentos relativos á Fernán González, fruto de más adelantadas épocas, son ya una derivación lejana de aquellas primitivas tradiciones, y dan en sus formas claro testimonio de las diferentes conquistas que había hecho la poesía castellana, cuando se escriben.

Fijemos pues la vista en los poemas que teniendo por norte las inauditas proezas de Rodrigo, el Castellano, nos llevan á considerar la poesía vulgar española del siglo XII bajo su aspecto esencialmente heroico; trabajo á que consagraremos todas nuestras fuerzas, recordando con un sapientísimo varón que es más digna de cuidado «la planta que comienza á salir del suelo con extraordinario brio, aunque sea una hojica sola, que la que ya se vá »secando, aunque esté cargada de hojas»<sup>1</sup>.

la musa guerrera de Castilla celebrase los reyes y caudillos dignos de fama, en poemas más ó menos extensos, bien que fijados ya por la escritura. Lo sensible para nosotros, lo doloroso para la historia de las letras es que no se hayan descubierto aun ó hayan perecido á manos de la incuria ó de la ignorancia, quedándonos sólo esas no sospechosas referencias de los primitivos cronistas.

<sup>1</sup> Pablo de Céspedes, *Discurso sobre la antigua y moderna pintura y escultura*.

## CAPITULO II.

### PRIMEROS MONUMENTOS ESCRITOS DE LA POESÍA CASTELLANA.

Poemas heroicos.—Héroe de los mismos.—Ruy Díaz de Vivar.—Causas de su exaltación poética.—Estado político de Castilla á fines del siglo XI.—Los monjes de Cluny y la curia romana.—Introducción del rito galicano en la Península.—Alianzas domésticas de Alfonso VI.—Tentativas para establecer en Castilla el feudalismo extranjero.—Protesta del sentimiento nacional.—Personificación de esta protesta.—El Cid poético.—Épocas de su vida.—La Crónica ó Leyenda de las Mocedades de Rodrigo.—Juicio y análisis de la misma.—Su significación tradicional, en orden á las creencias y sentimientos populares.—Su valor literario.—Sus formas artísticas.—Resumen.

Van á cumplirse ocho siglos que oye España con entusiasmo el glorioso nombre de un caudillo, invocado por los guerreros como nuncio de victoria, por los patrios como símbolo de libertad, por los caballeros como espejo de hidalguía, y pronunciado por todos con solemne admiración y respeto. Aun en los días de tribulación y de conflicto, cuando pelagra la independencia de la patria, llena ese venerando nombre en himnos marciales los espacios, levantando los corazones á la esfera del heroísmo y despertando al par la ingénita bravura de los castellanos: aun en los días del triunfo resuena ese nombre en todos los ámbitos de la Península Ibérica, presidiendo, por decirlo así, á todas las fiestas